



Guadalupe Curiel Defossé

*Tierra incógnita, tierra de misiones
y presidios*

*El noreste novohispano según fray Juan
Agustín Morfi, 1673-1779*

Miguel Ángel García Audelo (colaboración)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2016

172 p.

(Serie Historia Novohispana, 98)

ISBN 978-607-02-8306-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 14 de noviembre de 2016

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/tierra_incognita/noreste_novohispano.html

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

A MODO DE CONCLUSIÓN

Historiar el noreste del septentrión novohispano no es ni ha sido una tarea sencilla. La historiografía sobre el tema lo comprueba. Tengo por cierto que existen una inmensa cantidad de documentos y publicaciones que narran de diversos modos la historia de la presencia hispana en esas latitudes, pero un peculiar descuido de esta zona del virreinato ha originado que no se terminen de dibujar por completo las entidades que formaban, para bien o para mal, parte de ella. La integración de las Provincias Internas al sistema imperial español no fue una tarea de inmediata realización ni de corta duración y en este punto todavía no puede decirse con exactitud si alguna vez hubo verdadera conciencia de su pertenencia a la hispanidad; la posterior desintegración del territorio nacional en el periodo que va de 1836 a 1848 permite inferir que no la hubo. Si existió, fue endeble, tanto que no resistió los primeros vientos que anunciaban la genuina tragedia mexicana en el siglo XIX.

En la actualidad, la memoria de la historia del septentrión novohispano todavía está en vías de consolidación. El atractivo jesuita sobre las Californias y la zona de los actuales estados occidentales de nuestro país, siempre fueron asediados y prescribieron el frecuente interés de los historiadores, muestra de ello es la prolijidad de trabajos al respecto. La diversidad de estudios regionales sobre el noreste de México es tan inabarcable que el mismo estudio bibliográfico de ellos demandaría varios volúmenes. No fue así siempre. Hace apenas unas décadas, poniendo un ejemplo cercano, las incursiones exitosas de Ignacio del Río y Sergio Ortega Noriega para el noreste virreinal del siglo XVIII fortalecieron y amplificaron esta vía, logrando atractivos dividendos historiográficos que han ayudado a comprender la dinámica de esa zona. Los esfuerzos de Patricia Osante para el caso del Nuevo Santander también han sido interesantes desde muchos puntos de vista, pero todavía más por las nuevas plataformas digitales que ella y su equipo ha ideado con el afán de impulsar los estudios sobre esta entidad.

El noreste, y particularmente para Texas, ha tenido otra suerte. Los aportes de fray Juan Agustín Morfi sobre este territorio, apenas han sido considerados en contraste con otros historiadores del mismo siglo XVIII, por lo que era necesario un análisis que pesara con justeza la dimensión de sus contenidos para determinar la importancia de su aportación en términos de la historiografía novohispana dieciochesca. He ahí la pertinencia de precisar su propio discurso historiográfico para aproximarnos a la realidad del noreste a través de Morfi, tal y como he tratado de hacerlo en este breve ensayo.

Por este motivo, comparto con Evelia Trejo la idea de que “aun cuando el texto historiográfico procura los elementos necesarios para proceder a su valoración, no se puede prescindir de la percepción de su autor para ubicarlo de la mejor manera posible y destacar en él los elementos que lo hacen único”.¹ Llevada de la mano por esta premisa, tuve entre mis preocupaciones vislumbrar al autor de la *Relación geográfica e histórica de la provincia de Texas o Nuevas Filipinas* y las *Memorias para la historia de la provincia de Texas* a las circunstancias que hicieron posible su escritura en una época en la cual nuestros escritores se afanaban más en consignar el fenómeno de la ocupación española en el septentrión que lo ocurrido en otras latitudes del virreinato de menor importancia para la Corona.

Dicho razonamiento hizo viable la elaboración de un discurso que, por una parte, se ocupase del ensayo analítico del texto y, por otra, incluyera mi percepción del autor y sus circunstancias. La llegada de Morfi durante la segunda mitad del siglo XVIII y su pertenencia a la orden de San Francisco delineó en buena medida los trazos de sus percepciones que dejó por escrito. Este ensayo ha mostrado cómo interpretó la realidad americana y cómo puso al servicio de la corona española sus saberes con la intención de informar con exactitud qué era lo que había sucedido y estaba sucediendo en sus días en el noreste novohispano, cuáles habían sido las consecuencias de la poca atención prestada a los territorios septentrionales, quiénes eran los más cercanos peligros y la forma de remediar la situación, propuestas por cierto bastante razonables que de haber sido implementadas hubieran ofrecido otro panorama de la historia de Nueva España.

¹ Evelia Trejo, *Los límites de un discurso. Lorenzo de Zavala, su “Ensayo histórico” y la cuestión religiosa en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras/Instituto Nacional de Antropología e Historia/Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 428-429.

Para lograr configurar la realidad septentrional Morfi tuvo que echar mano de muchos recursos. Lecturas y experiencias, ajenas y propias, ideas, polémicas y propuestas conforman parte de los elementos más llamativos que pueden encontrarse con facilidad a lo largo de sus propuestas. Sus aproximaciones son verdaderamente complejas y en el proceso de construcción de las mismas ofrece la tarea del rastreo de sus fuentes que, bien elaborada, arroja una asombrosa cultura nada común. Coincido con la opinión de Roberto Moreno de los Arcos de que era un franciscano ilustrado, partícipe de las nuevas corrientes que se inclinaban por el ejercicio crítico de su tiempo. Entre sus lecturas más destacadas figuran las obras de su compatriota Benito Jerónimo Feijóo, pero también de otros escritores europeos como Simon Tissot, Guillaume-Thomas Raynal y Edward Gibbon, de quien había leído sus publicaciones más recientes sin saber que a la larga se convertirían en verdaderos parteaguas de la historiografía moderna.

Incluso al final de sus días, cuando fue nombrado Guardián del Convento, leía con las debidas licencias los libros prohibidos que recogía en su calidad de censor del Santo Oficio, con lo que tenía la oportunidad de leer lo más polémico y nuevo que se publicaba en las prensas francesas y holandesas del siglo XVIII. Esto ya nos dice mucho de sus intereses y propósitos. A Morfi no sólo le caracterizaba la inquietud, sino también la voluntad de la coherencia en su pensamiento, lo que llevó a reducir lo más posible el asunto escolástico y ampliar sus intereses hacia las nuevas concepciones del pensamiento de su tiempo, lo cual explica la abundancia de sus informaciones y la escrupulosidad de sus opiniones.

Ciertamente la Ilustración proponía muchos argumentos que contrastaban con el escolasticismo y la fe, pero era evidente que los nuevos tiempos habían puesto la atención sobre otros fenómenos y actitudes sociales que debían ser explicados con la mayor propiedad so pena de ser declarados ignorantes. Si bien es cierto que la influencia europea que encontró Morfi en Nueva España en este ámbito puede concebirse como eco de lo que sucedía del otro lado del Atlántico, aquí el fraile combinó las tendencias de su época con la realidad americana, es decir, compartió algunas de sus orientaciones, como la actitud crítica frente a la realidad social, pero con las específicas limitaciones del tiempo y el espacio. La revisión de la obra del fraile franciscano revela que el pensamiento de Morfi estaba formado de un binomio relativamente común observable en su época, comulgó con ciertas ideas propias del espíritu de su siglo, pero de ningún modo soslayó la salvaguarda de los dogmas de la Iglesia ni puso en duda su fidelidad respecto al poder real.



La conveniencia de su eclecticismo respecto a lo que le esperaba, lo salvó del olvido. Las consecuencias de las reformas borbónicas implantadas en Nueva España por José de Gálvez como visitador entre 1765 y 1771 le dieron la oportunidad de revelar su capacidad intelectual. Era opinión corriente en sus días el concebir las disposiciones reformistas como nocivas, ya que el sentir general opinaba que habían destruido más que edificado, preparando el camino para una revuelta como nunca había conocido la corona española. Sin embargo, muchos de los esfuerzos que el visitador Gálvez había querido imponer durante su estancia americana no habrían de verse concretados hasta que fue nombrado Secretario de Estado del Despacho Universal de Indias, momento en el que reordenó la división geopolítica de los dominios de España en América.

Desde ahí, creó el virreinato del Río de la Plata para vigilar las fronteras con los portugueses y administrar el Perú que era demasiado grande. Para el caso de Nueva España, Gálvez concretó las Provincias Internas hacia 1776, que comprendían, como ha sido visto, los territorios de California, Sonora, Nueva Vizcaya, Nuevo México, Coahuila y Texas, inmensas tierras cuyos lindes también había que vigilar, ahora de los franceses, ingleses y rusos.

Sobre estos territorios recaían dos ideas: el estar pobladas de ensoñaciones y no ser prósperas. Desde el siglo XVI existía la curiosidad de saber qué había más allá de las suposiciones, pero nunca pudo concretarse el asentamiento de la población ni mucho menos la bonanza económica de que eran capaces esas tierras a causa de sus ignorados recursos.